

## ARCONTADO DE TEMISTOCLES.

Año 2º de la olimpiada 108.

(Desde el 8 de julio del año 547, hasta el 27 de junio de 546 antes de J. C.)

## CARTA DE CALIMEDON.

Sabedor Filipo del buen humor que reina en nuestras juntas \*, nos ha enviado un talento \*\*, y nos pide que le comuniquemos el resultado de cada sesion. La sociedad no perdonará medio alguno para cumplir sus órdenes. Yo he propuesto enviarle la pintura de algunos de nuestros ministros y generales; y en el acto mismo suministré bastantes materiales para ello. Voy á ver si me acuerdo.

Demades se ha distinguido por algun tiempo en la chusma de nuestras galeras; manejando el remo con la misma soltura y fuerza que ahora

\* Se componian estas de hombres de talento y gusto, en número de sesenta, que se juntaban de tiempo en tiempo para dar decretos sobre las ridiculeces de que se daba cuenta. Véase el capítulo xx de esta obra.

\*\* Cinco mil cuatrocientas libras : (20,117 rs. vn.)

maneja la palabra. De su primer estado sacó el habernos enriquecido con el proverbio que dice : *del remo á la tribuna*, el cual ahora indica lo que ha adelantado un hombre de fortuna. Es hombre de ingenio agudo, y muy habil en el arte de chancearse, no obstante que viva con la infima clase de las rameras. Se citan muchos chistes suyos \*. Todo lo que dice parece inspirado; en un mismo instante se le ofrecen la idea y la expresion propia; y así es que no se toma la molestia de escribir sus discursos, y rara vez el de meditarlos. Cuando en la asamblea general se trata de algun asunto imprevisto, en que ni el mismo Demóstenes se atreve á desplegar los labios, llaman á Demades; y entonces habla con tanta elocuencia, que nadie titubea en ponerle sobre todos nuestros oradores. En otros géneros es superior; y así puede desafiar á todos los Atenienses á embriagarse tan á menudo como

\* Demades, hombre de ingenio agudo, y uno de los mayores oradores de Atenas, fué contemporaneo de Demóstenes. Se citan muchas respuestas suyas, enérgicas y oportunas: pero entre sus chistes pocos hay que nos parecerán á nosotros preciosos. Tal es este: como los Atenienses se levantaban al canto del gallo, Demades llamaba á la trompeta que los convocaba á la junta *el gallo público de Atenas*. Si esta metáfora no disgustó á los Atenienses, es de presumir que tampoco les hubiera disgustado la de *escribano solar*, aventurada por La Motte para distinguir un reloj de sol.

él, y á todos los reyes del mundo á saciarle de bienes. Es de un trato tan franco, que se venderá, aunque sea por algunos años, al que le quiera comprar. Decía á uno, que cuando señalase dote á sus hijas, habia de ser á expensas de las potencias extrangeras.

Filócrates es menos elocuente que Demades; pero tan voluptuoso, y mucho mas desarreglado. En la mesa todo desaparece en su presencia; de suerte que allí parece que se multiplica; y por eso dijo el poeta Eúbulo en una de sus piezas: «tenemos dos convidados invencibles, Filócrates y Filócrates.» Tambien es uno de aquellos hombres, que le parece á uno leerles en la frente, como sobre las puertas de las casas, estas palabras escritas con letras muy gordas: *se alquila, se vende.*

No así Demóstenes, pues si manifiesta el celo mas ardiente por la patria, es que necesita de estas exterioridades para suplantar á sus rivales, y ganar la confianza del pueblo. Acaso nos venderá, cuando no pueda impedir que nos vendan los demas. Su educacion fué desaliñada; y así no conoció estas artes agradables, que podrian corregir los defectos que le tocaron en abundancia. Me alegrara de poder pintarle tal cual se presentó por las primeras veces en la tribuna. Figuraos un hombre de un semblante serio y triste, rasándose la cabeza, meneando los hombros, con

voz áspera y debil, la respiracion interrumpida, unos acentos que barrenan los oidos, una pronunciacion bárbara, un estilo mas bárbaro todavía, periodos inagotables, interminables, incomprendibles, y ademas erizados con todos los argumentos de la escuela. Nos fastidió, pero llevó las tornas, porque le silbamos, y le hicimos tal rechifla, que tuvo que esconderse por algun tiempo. De este infortunio hizo un uso propio de un hombre superior; pues á costa de esfuerzos inauditos ha conseguido desvanecer parte de sus defectos, y cada día añade un nuevo rayo á su gloria. Verdad es que le cuesta cara, porque tiene que meditar por mucho tiempo un asunto, y dar mil vueltas á su entendimiento para forzarle á producir.

Sus enemigos dicen que sus obras huelen á humo de candil: las personas de gusto encuentran un no sé qué poco noble en su accion; y le censuran ciertas expresiones duras, y metáforas extravagantes. Por mi parte me parece tan frio en los chistes, como ridiculo en el esmero de su vestido: la dama mas delicada no gasta tan fina ropa blanca; y esta afectacion hace un contraste singular con la aspereza de su caracter.

En cuanto á su probidad no responderia yo de ella. En cierta causa escribió á favor de las dos partes. Citando yo este hecho á uno de sus amigos, hombre de mucho mérito, me dijo

sonriéndose: entonces era todavía muy joven.

Sus costumbres, sin ser puras, no son indecentes. Es verdad que dicen que va á casa de las cortesanas; que algunas veces se viste como ellas; y que en su juventud una sola visita le costó todo lo que le habian valido los pleitos en un año. Todo esto no vale nada. Añaden, que una vez vendió su muger al joven Cnosion. Esto ya es cosa mas seria; pero son asuntos domésticos, en que no me quiero meter.

En las últimas fiestas de Baco, estaba Demóstenes en calidad de corego de su tribu, al frente de un coro de jóvenes que contendian por el premio de la danza. En medio de la ceremonia, Midias, hombre rico, y conocido por sus extravagancias, hizo una de las mas fuertes, dando un bofetón á Demóstenes en presencia de un grandísimo concurso. Demóstenes se quejó al tribunal; y el asunto se terminó á satisfaccion de las partes. Midias dió dinero, y Demóstenes lo recibió. Ahora se sabe que no cuesta mas de tres mil dracmas \*, el insultar la megilla de un corego.

Poco tiempo despues acusó á un primo suyo de haberle herido peligrosamente; enseñando una cortadura en la cabeza, que algunos sospechan habérsela hecho él mismo; y como preten-

\* Dos mil y setecientas libras : (10,058 rs. 28 mrs. vn.)

dia que se le abonasen daños y perjuicios, se decia que la cabeza de Demóstenes era de mucho provecho.

Su amor propio es cosa de reir; pero no le ofende á uno, porque está muy á las claras. Yo estaba el otro dia con él en la calle, y una aguadora que le vió, le enseñaba con el dedo á otra muger: « oyes, mira, ve allí á Demóstenes. » Yo hacia que no lo oia, pero él me lo hizo notar.

Esquines se acostumbró desde su juventud á hablar en público. Su madre le introdujo en el trato de las gentes, en edad temprana: iba con ella á las casas á iniciar en los misterios de Baco á las gentes de la hez del pueblo: se presentaba en las calles regentando un coro de bacantes, coronados de hinojo y ramas de álamo, y con ellos hacia, con sumo donaire, todas las extravagancias de este raro culto. Cantaba, bailaba, ahullaba, apretando entre las manos unas culebras, y las agitaba sobre su cabeza. El populacho le colmaba de bendiciones, y las viejas le regalaban tortas.

Con tan buen éxito, se excitó su ambicion, y se alistó en una compañía de cómicos; pero únicamente para hacer el tercer papel. El público le declaró guerra abierta á pesar de la hermosura de su voz; por lo que dejó esta profesion, fué escribano de un tribunal subalterno, y despues ministro de Estado.

Desde entonces su conducta ha sido regular y decente. En la sociedad manifiesta discrecion, gusto, urbanidad y discernimiento. Su elocuencia se distingue por el tino en elegir las palabras, por la abundancia y claridad de las ideas, y por una grandísima facilidad, que debe mas bien á la naturaleza que al arte. No le falta nervio, bien que no tenga tanto como Demóstenes. Al principio deslumbra, y despues arrastra: esto es á lo menos lo que oigo decir á los inteligentes. Tiene la flaqueza de avergonzarse de lo que fué antes, y cae en la torpeza de recordárselo á los demas; porque va á pasearse á la plaza pública con mucha pausa, arrastrando el manto, la cabeza erguida, é hinchando los carrillos; lo que da lugar á que por todas partes se oiga decir: ¿no es ese aquel escribanillo de un tribunal cualquiera, hijo de Tromes el maestro de escuela, y de Glauco tea, el cual se llamaba antes el diablillo? ¿No es el que limpiaba los bancos de la escuela cuando estábamos en la gramática, y por las bacanales gritaba con todo su fuerza por las calles: EVOE, SABOE \*?

Cualquiera conoce fácilmente la emulacion que hay entre él y Demóstenes; y ellos mismos la han advertido los primeros; porque los que tienen la misma presuncion, se adivinan á una

\* Expresiones bárbaras para invocar á Baco.

mirada. No sé si Esquines se dejaria cohechar; pero es bien debil el que es tan amable. Debo añadir que es hombre de brio, y se ha distinguido en muchos combates, segun lo ha declarado Focion.

Ninguno tiene tantas extravagancias como este último; hablo de Focion. Jamas ha sabido que vivia en este siglo, ni en esta ciudad. Es pobre, y no le da rubor: hace bien, y no se alaba; da consejos, aunque está bien persuadido de que no los han de tomar: tiene talentos sin ambicion, y sirve al Estado sin interes. Al frente del ejército se contenta con mantener la disciplina, y batir al enemigo: en la tribuna no le turban los gritos de la muchedumbre, ni le lisonjean sus aplausos. En una de sus arengas proponia un plan de campaña, cuando le interrumpió una voz, llenándole de improprios. Focion calló, y así que el otro hubo acabado, continuó con mucha frescura, diciendo: «os he hablado de «la infanteria y caballeria; me resta hablaros, etc., etc.» Otra vez oyó que le aplaudian: estaba yo por casualidad cerca de él, y volviéndose á mí, me dijo: «¿he dicho algun desatino?»

Nos reimos de sus gracejos; pero hemos hallado un secreto admirable para vengarnos de su desprecio: él es el único general que tenemos, y en nada le empleamos; es el mas integro y acaso el mas ilustrado de nuestros oradores, y

le escuchamos menos. Es verdad que no le quitaremos sus principios; pero juro por los dioses, que él no nos quitará los nuestros; y seguramente no se dirá que con este séquito de virtudes rancias, y sus rapsodias de costumbres antiguas ha de ser Focion tan poderoso, que corrija la nacion mas amable del universo.

Ahí está Cares, que con su ejemplo enseña á nuestros jóvenes á hacer profesion pública de corrupcion: este es el general mas pícaro, y el mas torpe que tenemos; pero es el que tiene mas reputacion. Se ha puesto bajo la proteccion de Demóstenes, y de algunos otros oradores. Da fiestas al pueblo. Si se trata de equipar una flota, Cares es quien la manda y dispone de ella á su arbitrio. Se le manda ir á una parte, y se va á otra. En lugar de poner nuestras posesiones á cubierto, se junta á los corsarios, y de concierto con ellos, roba las islas, y se apodera de cuantos barcos encuentra: en pocos años nos ha perdido mas de cien naves: ha gastado mil y quinientos talentos \* en expediciones inútiles al Estado, pero muy lucrativas para él, y para sus oficiales principales. Algunas veces no se digna de darnos noticias suyas, pero las tenemos á pesar de él, y no hace mucho que enviamos un

\* Ocho millones y cien mil libras: (mas de 30 millones de  
13. VB.

barco ligero con orden de recorrer los mares, é informarse del paradero de la flota y del general.

CARTA DE NICETAS.

Apurados los Focenses con una guerra de diez años, han implorado nuestra ayuda, conviniéndose á entregarnos á Tronio, Nicea, y Alpeno; plazas fuertes situadas á la entrada del estrecho de las Termópilas; y para entregarse de ellas, se ha acercado Próxenes, que manda nuestra armada en las inmediaciones, el cual pondrá guarnicion en ellas, y de esta manera tendrá Filipo que desistir del proyecto de forzar el estrecho.

Al mismo tiempo hemos resuelto equipar otra armada de cincuenta naves. Ya está dispuesta á marchar la flor de juventud: hemos alistado á todos los que no pasan de treinta años; y tenemos noticia de que Arquidamo, rey de Lacedemonia, ofrece á los Focenses todas las fuerzas de su república. La guerra es inevitable, y no lo es menos la ruina de Filipo.

## CARTA DE APOLODORO.

Nuestras mas amables ateniensas tienen zelos de los elogios que haceis de la esposa y hermana de Arsamo: nuestros mas hábiles políticos convienen en que necesitaríamos un hombre como él, para contrarestar á Filipo.

Todo resonaba aquí con el ruido de las armas; pero una palabra de este príncipe las ha hecho caer de nuestras manos. Durante el asedio de Olinto, habia, segun dicen, manifestado repetidas veces el deseo de vivir en buena armonía con nosotros. A esta nueva, recibida por el pueblo con aplauso, se resolvió entablar una negociacion, que quedó suspensa por varios motivos. Tomó á Olinto, y no respirábamos mas que guerra. A poco nos aseguraron dos de nuestros actores, Aristodemo y Neoptolemo, de quienes el rey hace particular aprecio, que permanecia en sus primeras disposiciones, y con esto ya no respiramos mas que la paz.

Ahora hemos enviado á Macedonia diez diputados, distinguidos todos por sus talentos, y son: Ctesifon, Aristodemo, Iatroclo, Cimon y Nausicles, quienes se han asociado á Dercilo, Frinon, Filócrates, Esquines y Demóstenes, á los

cuales hay que añadir Aglaocreon de Tenedos, que va encargado de los negocios de nuestros aliados. Estos diputados han de ajustar con Filipo los artículos principales de la paz, y persuadirle á enviarnos plenipotenciarios para concluir la aquí.

No entiendo la conducta que tenemos: Filipo deja caer algunas protestas de amistad, vagas y acaso insidiosas; y al punto, sin escuchar á los hombres experimentados que desconfían de sus intenciones, sin esperar la vuelta de los diputados que se han enviado á los pueblos de la Grecia para reunirlos contra el enemigo comun, interrumpimos nuestros preparativos, y nos adelantamos á hacer proposiciones de que abusará si las acepta, y nos envilecerán si se niega á admitirlas. Para obtener su benevolencia, es menester que nuestros diputados tengan la fortuna de agradarle. El actor Aristodemo tiene hecha obligacion con algunas ciudades para sus espectáculos; y hay que enviar á suplicarles, de rodillas, á nombre del senado, que no multen á Aristodemo, porque le necesita la república en Macedonia. Demóstenes es el autor de este decreto: ¡Demóstenes, que en sus arengas trataba con tanta altanería y desprecio á este príncipe!

## CARTA DE CALIMEDON.

Nuestros embajadores han concluido su comision con indecible presteza, y ya los tenemos aqui de vuelta. Segun parece, proceden todos de acuerdo, bien que Demóstenes no está satisfecho de sus compañeros, quienes por su parte están quejosos de él. Voy á contaros algunas particularidades de su viage, las que supe ayer en una comida á que asistieron los principales de ellos, como son Ctesifon, Esquines, Aristodemo y Filócrates.

Lo primero es, que en todo el viage tuvieron mucho que sufrir por la vanidad de Demóstenes; pero lo llevaban en pacencia, puesto que todos sufren tan fácilmente en la sociedad, á gentes insufribles. Otra cosa les daba mas cuidado, y era la penetracion y el ascendiente de Filipo, conociendo claramente que no eran profundos como él en política. Cada día se distribuian entre sí los papeles que habia de hacer cada uno; disponian los ataques, y determinaron que los mas ancianos serian los primeros para dar el asalto. Demóstenes, como mas joven, debia ser el último, y les prometió abrir las fuentes inagotables de su elocuencia. No te-

mais á Filipo, añadió, yo le *coseré* la boca de tal modo, que se vea precisado á entregarnos á Anfípolis.

Presentados todos á la audiencia del principe, Ctesifon, y los demas se explicaron en pocas palabras: Esquines, elocuente y largamente: Demóstenes... vais á verlo. Se levantó muerto de miedo. No era aquella la tribuna de Atenas, ni aquella multitud de obreros que componen nuestras asambleas. Filipo estaba acompañado de sus cortesanos, los mas de ellos gentes de buen ingenio, y entre otros se hallaban Piton de Bizancio, que se pica de escribir bien, y Leóstenes, á quien nosotros desterramos, y segun dicen es uno de los mayores oradores de la Grecia. Todos habian oido hablar de las magnificas promesas de Demóstenes, y todos aguardaban el efecto con la impaciencia que le acabó de aturdir. Empezó temblando á tartamudear un exordio oscuro, y advirtiéndolo él mismo, se turbó, se cortó, y calló. El rey hizo por animarle, aunque en vano, pues no se levantó sino para caer mas prontamente. Despues de haber gozado un rato de su silencio, el heraldo mandó retirarse á nuestros diputados.

Demóstenes debiera ser el primero en reirse de este accidente; pero en lugar de eso, echó la culpa á Esquines, vituperándole agriamente por haber hablado al rey con demasiada libertad, y

ocasionar á la república una guerra, que no estaba en estado de sostener. Iba Esquines á disculparse, cuando les mandaron volver á entrar. Luego que se sentaron, Filipo examinó por orden sus pretensiones; respondió á sus quejas; se detuvo principalmente en el discurso de Esquines, dirigiéndole muchas veces la palabra; lo cual acabado, y tomando cierto tono suave y bondadoso, manifestó el deseo mas sincero de hacer la paz.

En todo este tiempo, Demóstenes, con la inquietud de un cortesano que teme caer en desgracia, hacia ademanes para llamar la atención del príncipe, mas no logró ni una palabra, ni siquiera una mirada.

Salió pues de la conferencia tan despechado, que resultaron escenas muy extravagantes, pareciéndose á un muchacho mimado de sus padres, y humillado repentinamente por el adelantamiento de sus discípulos. La borrasca duró muchos días, hasta que al fin conoció que nada se adelanta con el mal humor, y procuró reconciliarse con los demas diputados, estando ya en camino para volverse. A cada uno le hablaba á parte, y le prometia su protección para con el pueblo. A uno le decia que le restableceria su hacienda: á otro, que le pondria á que mandase el ejército; pero sobre todo, con Esquines echaba el resto, y aliviaba sus zelos exagerando el

mérito de su rival. Tan desmesuradas debian de ser sus alabanzas, que Esquines dice que le era importuno.

Una tarde, no sé en qué ciudad de Tesalia, empezó por la primera vez á burlarse de su aventura, añadiendo que debajo de la capa del cielo no habia uno que poseyese el don de hablar como Filipo. Lo que mas me ha admirado, respondió Esquines, es la exactitud con que ha recapitulado todos nuestros discursos. Yo, añadió Ctesifon, aunque viejo, no he visto jamas un hombre, ni tan amable, ni tan alegre. Demóstenes palmoteaba y aplaudia. Muy bien, decia, mas no os atrevéis á explicaros así delante del pueblo. ¿Y por qué no? respondieron los otros. Demóstenes dudó de ello: insistieron los otros: les exigió la palabra, y se la dieron.

No se sabe el uso que quiere hacer de esto, pero lo veremos en la primera asamblea, á la que piensa asistir toda nuestra sociedad, porque de todo esto debe resultar alguna escena ridicula. Si Demóstenes reservase sus manías para la Macedonia, no se lo perdonaria en la vida.

Lo que me tiene inquieto es, que se ha conducido muy bien en la junta del senado. Habiendo sido entregada á la compañía la carta de Filipo, Demóstenes ha permitido á la república por haber confiado sus intereses á unos diputados tan recomendables por su elocuencia como



por su honradez, y ha propuesto que se les conceda una corona de olivo, y se les convide á comer mañana en el Pritaneo. El senado-consulto es conforme á lo que ha pedido.

No cerraré mi carta hasta acabada la junta general.

Acabo de salir de ella: Demóstenes ha hecho prodigios. Los diputados acababan de referir, cada uno por su orden, diferentes circunstancias de la embajada. Esquines dijo algo de la elocuencia de Filipo, y de su feliz memoria: Ctesifon habló de la belleza de su rostro, de lo ameno de su ingenio, y del buen humor que gasta cuando tiene el vaso en la mano; todos fueron aplaudidos. Demóstenes subió á la tribuna con cierto ademan de mayor gravedad, que tiene de costumbre; y despues de haberse rascado la frente, porque siempre empieza por aquí, dijo: «yo me admiro de los que hablan, y de los que oyen. ¿Cómo puede nadie entretenerse en semejantes niñerías en un asunto de tanta importancia? Yo voy por mi parte á daros cuenta de la embajada. Léase el decreto del pueblo que nos mandó ir, y la carta que el rey nos ha remitido.» Concluida la lectura añadió: «ahí teneis nuestras instrucciones, que nosotros hemos desempeñado. Ved ahí lo que ha respondido Filipo: solo resta deliberar.»

Estas palabras excitaron cierta especie de su-

surro en la asamblea. ¡Qué puntualidad! ¡Qué habilidad! decian unos. ¡Qué envidia! ¡Qué picardía! decian otros. Por lo que á mí toca, me reia al ver cortados á Ctesifon, y Esquines. Sin darles tiempo para respirar, añadió: «os han hablado de la elocuencia, y de la memoria de Filipo: cualquiera que tuviese igual poder, lograria los mismos elogios. Se han ensalzado las demas calidades suyas; pero ni es tan hermoso como el actor Aristodemo, ni bebe mejor que Filócrates. Esquines me ha dicho que dejaba á mi cargo, á lo menos en parte, el discutir nuestros derechos sobre Anfipolis; pero jamas dejará este orador ni á vosotros ni á mí la libertad de hablar. En resolución, todo esto no importa nada. Yo voy á proponer un decreto. El heraldo de Filipo ha llegado, y tras él vendrán sus embajadores. Pido que se permita tratar con ellos, y que los pritanos convoquen una junta, que se tendrá dos dias seguidos, y en la cual se delibere sobre la paz, y sobre la alianza. Pido tambien que se den elogios á los diputados, si los merecen, y que se les convide á comer mañana en el Pritaneo.» Este decreto se admitió casi unánimemente, y el orador ha recobrado todo su ascendiente.

Yo hago mucho caso de Demóstenes; mas no basta tener talento, sino que es preciso no ha-

cerse ridículo. Hay entre los hombres célebres y la sociedad, un convenio tácito : nosotros les pagamos nuestra estimacion, y ellos deben pagarnos sus necesidades.

## CARTA DE APOLODORO.

Os envío el diario de lo ocurrido en nuestras juntas hasta la conclusion de la paz.

*El 8 de elafebolion, dia de la fiesta de Esculapio* \*. Se han congregado los pritanos; y con arreglo al decreto del pueblo, han señalado dos juntas generales para deliberar sobre la paz. Serán el diez y ocho y el diez y nueve.

*El 12 de elafebolion, primer dia de las fiestas de Baco* \*\*. Antipatro, Parmenion, y Euriloco, han llegado. Vienen enviados por Filipo á concluir la paz, y recibir el juramento que debe ser garante de su ejecucion.

Antipatro es el mas habil político de la Grecia despues de Filipo; activo é infatigable, pone su atencion en casi todos los ramos del gobierno; por lo cual suele decir el rey : « bien podemos

\* El 8 de este mes correspondia aquel año al 8 de marzo de 346 antes de J. C.

\*\* El 12 de marzo del mismo año.

« descansar, ó divertirnos, pues Antipatro tra-  
« baja por nosotros. »

Parmenion, muy querido del soberano, y mas todavía de los soldados, se ha distinguido ya con una multitud de hazañas, y seria el primer general de la Grecia, si no existiera Filipo. Por el mérito de estos dos diputados se puede juzgar del de su compañero Euriloco.

*El 15 de elafebolion* \*. Los embajadores de Filipo asisten ordinariamente á los espectáculos que damos en estas fiestas. Demóstenes hizo que el senado les señalase lugar preeminente, y cuida de que les pongan cojines y alfombras de púrpura. El mismo los acompaña al teatro desde que amanece, y los tiene alojados en su casa. Muchos murmuran de estas atenciones, teniéndolas por bajezas, y dicen que no habiendo podido ganar en Macedonia la benevolencia de Filipo, quiere manifestar ahora que la merecia.

*El 18 de elafebolion* \*\*. Se ha congregado el pueblo; pero antes de daros parte de la deliberacion, debo recordaros los principales objetos de ella.

La posesion de Anfípolis es la fuente primera de nuestras desavenencias con Filipo. Esta ciudad nos pertenece : él se ha apoderado de

\* El 15 de marzo del año 346 antes de J. C.

\*\* El 18 de marzo del mismo año.